

WINK

TODAS LAS HISTORIAS necesitan un Héroe.

Mim lo vio en mis hojas de té el día en que Midnight se mudó a la casa de enfrente. Se inclinó, me apartó el pelo, me colocó los dedos en el mentón y dijo:

“Tu historia está a punto de empezar, y ese chico que está mudando cajas en la vieja casa torcida al otro lado de la calle es el comienzo”.

Y yo supe que Mim tenía razón con respecto a Midnight, porque las hojas también le dijeron que el gallo grande moriría en forma cruenta durante la noche. Y, en efecto, un zorro lo atrapó. Lo encontramos por la mañana, las suaves plumas endurecidas por la sangre, el cuerpo quebrado en el suelo, justo al lado de la carretilla roja, igual que en el poema.



POPPY

ME ENAMORÉ DE Leaf Bell el día en que le dio una dura paliza a DeeDee Ruffler.

Ella era la peor bravucona de la escuela, y él fue el primer y único chico en ponerla en su lugar. Yo también soy bravucona, así que es probable que hayan pensado que me compadecería de ella, pero no fue así.

DeeDee era una chica bajita e insignificante, con una veta cruel de varios metros de altura, que vivía en el lado pobre del pueblo. Tenía un cuerpo fuerte y ridículo, un rostro vulgar y redondo y una voz odiosa y chillona, y ya antes había tratado de provocar a Leaf. Lo había llamado con todo tipo de epítetos –pobre, pelirrojo, flacucho, sucio, enfermo– y él no había hecho más que reírse. Pero el día en que llamó a Fleet Park, un niño de séptimo curso, *chino maricón de ojos rasgados*, Fleet se echó a llorar y Leaf enloqueció. Le pegó a DeeDee hasta dejarla en coma ahí mismo, en los escalones de la escuela. Le golpeó la cabeza contra el cemento mientras la mantenía inmovilizada con las rodillas sobre el pecho, y las tetas de DeeDee se sacudían y el pelo rojo de Leaf volaba alrededor de sus hombros desgarrados, las montañas nevadas de fondo.

Ese día, mi corazón aumentó tres veces de tamaño.

DeeDee nunca fue la misma después de que Leaf le destrozó la cabeza. En la clase de Ciencia de la Mujer Moderna,



leí acerca de las lobotomías y era así como había quedado ella: indiferente, apática, inútil.

Leaf no se metió en problemas por esa pelea, nunca se metía en problemas, igual que yo. Además, todo el mundo estaba harto de DeeDee, hasta los profesores, especialmente los profesores. Era tan malvada con ellos como lo era con el resto.

También había maldad dentro de mí, una veta cruel. No sé de dónde venía y no quería tenerla, de la misma forma que no querría tener pies grandes, ni pelo castaño apagado ni nariz de cerdito.

Pero, mierda. Si hubiera nacido con nariz de cerdito, lo *acceptaría*, como acepto lo cruel y lo malvado.

Leaf fue el primero en identificarme por lo que era. Aun de niña, yo era preciosa. Parecía un ángel: labios de querubín, mejillas rojas, huesos elegantes y una aureola de cabello rubio. Todos me querían a mí y yo me quería a mí misma, siempre me salía con la mía y hacía lo que quería y, aun así, las personas sentían que eran afortunadas de conocerme.

Nadie se considera superficial, pueden preguntarles a todos sus conocidos, lo negarán, pero yo soy una prueba viviente, siempre me salvo de todo porque soy bonita.

Pero Leaf vio más allá de la belleza, la traspasó.

Yo tenía catorce años cuando Leaf Bell le partió la cabeza a DeeDee en los escalones de la escuela, y tenía quince cuando lo seguí hasta su casa y traté de besarlo en el granero. Se me rio en la cara y me dijo que era fea por dentro, y me dejó sola, sentada sobre el heno.

